



Dib. SOKA.—Madrid.

EL SACRISTÁN: ¡Mi madre! Otra cosa rota. Esta visto que hoy tengo el Santo de espaldas.



CREMA

LIDA

RECONSTITU- YENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

Sección recreativa de BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

22.—Un premio que es una amenaza.

Madera Embarcación varias cosas juntas
R I A

23.—Casi la mata un negro.

A partir de borrachera



**SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6**

24.—Medicamento.

Ladrón 501 extendido

25.—Un ex-catedrático.

M
I

Concurso de pasatiempos de Enero Sorteo de premios.

Verificado el sorteo en la fecha señalada, a presencia de numerosos pierdetiempistas, resultaron agraciados los señores siguientes:

PRIMER PREMIO.—Un servicio para entremés, de metal y cristal labrado a don Angel Buenaventura, de Madrid.

SEGUNDO PREMIO.—Una quesera de cristal tallado con plato de metal a don M. Irureta, de San Sebastián.

TERCER PREMIO.—Un cesto para fruta, de porcelana decorada y asa de cristal a don Manuel Ortiz, de Madrid.

Los agraciados podrán recoger sus premios en esta Administración, precisamente cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.

Concurso de pasatiempos de Febrero Soluciones.

36, *Madrepora*.—37, *Aguardiente*.—38, *Sólo a bastos*.—39, *Acontecimiento*.—1, *Mico*.—2, *Adiós, hasta después (o hasta luego)*.—3, *Calvo Sotelo*.—4, *Un sobre todo*.—5, *Chistes y colmos*.—6, *Bajonazo*.—7, *Niña Pancha*.—8, *Baile de máscaras*.—9, *Una puesta encima*.—10, (Equivocado). *El mes anterior*.—11, *Arriba el limón, abajo la oliva*.—12, *Liceo*.—13, *Entre telas*.—14, *Cazadora*.—15, *Un bajo de ópera*.—16, *Zaragoza*.—17, *Casimira*.

De las 8.547 soluciones recibidas, han resultado exactas las remitidas, por los pierdetiempistas que se citan:

Carlos Gutiérrez, Román Martín, Joaquín García, Fernando Peña, Bernardo

Sanz, Angel Buenaventura, Estanislao Armero, Isabelita Armero, Pilar Martínez, todos de Madrid.

Enrique Pineda, de Segovia.—María Isabel Urçyola, de Valencia.—Dionisio Hernández, de Vitoria.—Luis Florit, de Castellón.—Consuelo Salvo y Fernando Salvo, de La Coruña.—Manuel de Matos, de Ceuta.—M. Irureta, Marichu Peirona, Adelita Peirona, Mercedes Peirona, de San Sebastián.—Tomás González, de Reinosa.—Calixto Porto, de Cambados.—Adeslmo Murgica, de Lueca.—Francisco Maestro, de Astudillo.—Alfonso Martínez, de Olot.—Julian Casals, de Ciudadela.—Faustino Arias, de Potes.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (Plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 5 de Abril próximo.



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —

CORTÉS, HERMANOS...BARCELONA

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de marzo.



"EL SELLO DEL BUEN SERVICIO"

UNION RADIO

UN NOMBRE Y UN SELLO
QUE VAN SIEMPRE JUNTOS

Si al comprar vuestro material
dais la preferencia al que lleve

"EL SELLO DEL BUEN SERVICIO"

tendréis la garantía de un material

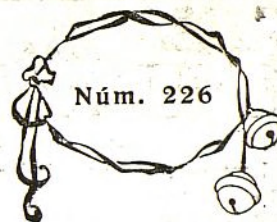
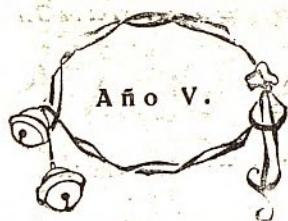
"UNIÓN RADIO"

y la satisfacción de favorecer las
emisiones.

"EL SELLO DEL BUEN SERVICIO"

no es un recargo, sino un dis-
tintivo de las casas asociadas a

"UNIÓN RADIO"



CASI EN BROMA CORBATERÍAS

FUESE en ese individuo: ése, el que va tan repantigado, haciendo sonar dentro del pantalón un llavero escandaloso como un gozquecillo... Justo: lleva el hombre una corbata verde lechuga que consterna. Comparto la sorpresa de usted, amigo; me hago cargo de la indignación que tal insulto clavado como un reto debajo de la nuez, le produce a usted, tan delicado, discreto y elegante. Para que luzca con tan increíble desfachatez esa corbata, tienen que ocurrir en España muchas cosas...

En primer lugar, unas manos la han tejido, ideando su dibujo presidiable, sin que nadie, en la fábrica, haya imaginado que tal prenda podía promover, en otro país, un cambio de régimen.

En segundo lugar, un señor comisionista la ha llevado en su muestrario, haciendo de ella elogios ditirámicos que sonrojarían a un chimpancé.

En tercer lugar, un comerciante, —hombre de los llamados «de peso»— de peso camión— la ha exhibido en el sitio más visible de su escaparate.

En cuarto lugar, frente al escaparate se detuvo un día este individuo del llavero, y estuvo admirándola en secreto, anhelantemente, pensando, no sin cierta melancolía, que se encontraba a mediados de mes.

En quinto lugar, nuestro hombre esperó a que fuera su santo, le pidió un anticipo al Habilitado, y, después de que el Habilitado se lo facilitó, considerando lo excepcional de la circunstancia, penetró en la tienda y se llevó aquella corbata que a él le parecía maravillosa.

En sexto lugar, a los padres del individuo la corbata siguió, asimismo, antojándoseles maravillosa.

En séptimo lugar, a los compañeros de la oficina esta corbata no les sugirió ningún trastorno hepático ni introdujo conmociones de importancia en su calete.

En octavo lugar, el propietario de esta cotorra de seda ha encontrado una novia que carece de la misericordia precisa para decirle con melodiosa humildad: —Pero, amor mío, ¿por qué insistes en afrontar el ridículo? ¿Por qué no corres a que te reconozca un especialista en enfermedades del mal gusto?

En noveno lugar, este ciudadano del plato de espinacas sobre el pecho no ha hallado tampoco en la tertulia un amigo de los de verdad que le dispere algún comentario semejante al siguiente: —Pero, hombre: ¿no hay derecho a complicarle la vida a la gente con corbatas de ese color! El hombre que compra una como la que usted luce, lo primero que debe hacer es escribirle una carta al señor Juez de guardia rogándole, con todo respeto, que no se culpe a nadie de su muerte.

En décimo lugar, nadie tiene ojos para advertir tanto cinismo, tanta majadería, tanta grotesquez.

En undécimo lugar, la gente con quien se codea este hombre ha de ser toda ella discretísima, porque ni en el rostro ni en el cuerpo se le advierten equimosis ni cicatrices.

En duodécimo lugar, nosotros mismos, usted y yo, somos dos cobardes que no nos atrevemos a atarlo codo con codo y conducirlo a cualquier fábrica de lunas biseladas para que le enseñen un espejo rutilantemente honrado que le diga la verdad...

—Y usted, —me pregunta de pronto mi compañero de diálogo; —¿está usted seguro de que su corbata sea el arquetipo de las bellas y arrebatadoras corbatas?

¡Ah! Entonces, corrido como una mona, corro como un gamo, hacia mi domicilio, en busca de un trozo de azogue que sea un poco notario, un poco profesor de estética y otro poco indulgente con la moda, y me saque de dudas. Pero en mi casa mando yo; y todo lo de mi casa, sin excluir al espejo, no dice sino lo que a mí se me antoja que diga.

E. RAMÍREZ ANGEL.



Dib. SILENO.—Madrid.

CUATRO PALMADAS

Lectores: hoy os brindamos (con permiso de la *Poli*) cuatro notas que tomamos de don Domingo de Ramos y Oliván de Palmaroli.

Nació de Petra y Joaquín en *Las Palmas* (y en febrero), y fué, desde chiquitín, primo de *Ramos Martín*, y sobrino de *Romero*.

Viajando, necesitaba valerse de un velocípedo; porque, si a pie caminaba, con tal lentitud andaba como un animal *palmípedo*.

Los errores que observamos (1) las discusiones varias (2) con Domingo entablamos, para Domingo de Ramos eran verdades *palmarias*.

En la piel, cuenta la Historia que le echaron una pieza; porque su cuñado, en Soria, le tiró una *palmatoria* que le partió la cabeza.

Quiso a Palmira Serrano (por ser *Palmira*) un verano, mas solo la inspiró risa, pues su calva era más lisa que la *palma* de la mano.

Su calzado postinero el pie izquierdo le hizo astillas, y, con dolor verdadero, se fué a que su zapatero le pusiera unas *palmillas*.

Probó en Soria ser un vivo; pero, sin ningún motivo, aunque allí las señoritas le llevaban en *palmitas*, el gachó tomó el *olivo*.

Fué a *Palma*, y varios señores, con frases muy lisonjeras, a cambio de unos favores, le dieron *ramos* de flores y fruto de las *palmers*.

Y después que, iluminado, vió en cierta iglesia adornada la bendición que un prelado dió al *romero* perfumado y a la *palmita* rizada,

por fin a su fin llegó. Con su *palmeta* le hirió la Parca, en *Palma* del Río, y, tras de dar un jipío, el pobrecillo... *palmó*.

Aquí la pluma dejamos... y ¡ojalá las buenas almas para quienes trabajamos, quieran tocarnos las *palmes* hoy, que es domingo de Ramos!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

EL PEZ ENFERMO

Poco a poco aquel pez, cuyo lomo no le tenía envidia al de una encuadernación de lujo, empezó a adelgazar y a perder el color de manera tan rápida que a nadie nos cupo duda de que se hallaba gravemente enfermo.

Primero habían sido unas insignificantes molestias; más tarde unos ligeros trastornos y, por último, aquellos agudos dolores que, a la vez que en el lecho, le sumían en la desesperación más profunda.

Inútilmente, sus hijos, que no se separaban un momento de la cabecera del enfermo, pretendían animarle con sus palabras y con inyecciones de aceite alcanforado. El padre no levantaba cabeza y cada vez oía más acobardado las voces de los amigos que le reprochaban el que un pez como él tuviera tan pocas agallas.

Las opiniones de los médicos no podían ser más dispares. Mientras el de cabecera opinó que se trataba de un sarampión maligno, el de la «Sociedad filantrópica de socorros mutuos y recíprocos a peces heridos, enfermos y en conserva» a la que estaba inscrito, creía firmemente que se trataba de una úlcera en el tobillo.

En vista de que los médicos no lo graban ponerse de acuerdo, llamóse a otros a consulta. He aquí algunas de las opiniones menos acordes que los de un *jazz-band*:

—Tiene tos ferina.

—Es tifus.

—Es una intoxicación de mojama.

—Esto debe ser gripe.

—Es una afección pulmonar.

Uno de los doctores más ilustres del contorno, doctor «honoris causa» de varias academias médico-pecuarias y que había estudiado la carrera en el canal de Kiel, aseguró bajo palabra de honor que lo que el enfermo padecía no era más que una sincopa bizacea altíforme con livinaciones gastro-neurálgicas. Después de largar semejante camelo se marchó muy tranquilo.

En el plan a seguir las opiniones no pudieron ser más encontradas:

—Váyase una temporada al campo. Es lo que le conviene.

—No coma tortilla con cebolla.

—Habrá que operarle...

—Huya de la humedad.

—Nada de café ni licores...

En lo único que estuvieron algo conformes fué en que el enfermo debía distraerse todo lo más posible. La familia, ansiosa de verle animado, le llevo al teatro, pero no consiguieron que el enfermo presa de gran melancolía se sonriera, a pesar de que aquella noche debutaba como imitador de estrellas un bacalao que era muy salado.

A todo esto el pez empeoraba por momentos. Un día, además de examen de conciencia, hizo testamento legando toda su fortuna para la construcción de una gran fábrica de impermea-

bles con capucha giratoria. La familia sumida en la consternación, no tenía ojos más que para llorar.

Hasta que una mañana uno de ellos tuvo una idea salvadora:

—¿Por qué no consultar a un médico de tierra?

Dicho y hecho. Dentro de una botella metieron una carta en la que se rogaba, prometiéndole una gratificación, al que se la encontrara, avisase a un médico de que un pez necesitaba urgentemente los auxilios de la ciencia.

El aviso hizo efecto. Dos días después un buzo se presentó en el domicilio del pez doliente:

—Soy el doctor—dijo pasando una tarjeta.

Conducido a la presencia del enfermo no tuvo apenas necesidad de reconocerle:

—Claramente veo—dijo—que es un reuma. ¡A quién se le ocurre pasarse la vida en el agua! Voy a ponerle un régimen, pero... ¡prométame que lo seguirá!...

—Lo juro—dijo el pez.

—Pues bien: tome baños de mar.

Y poco después, el pez estuvo bueno y sano.

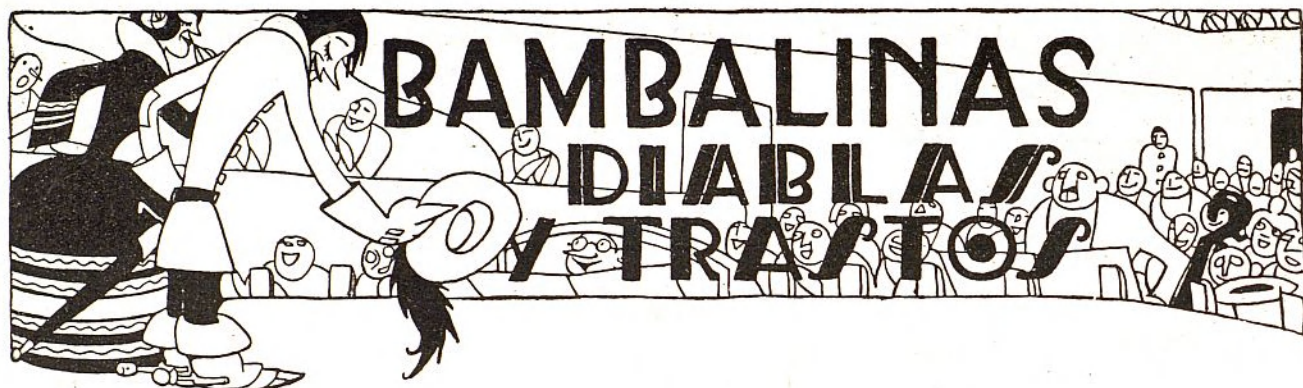
Me he enterado de ello por un pariente suyo a quien encontré el otro día sobre el mostrador de «Las Pescaderías Coruñesas» y con el que estuve echando un párrafo.

MANUEL LÁZAR



Dib. AREUGER —Madrid.

—Vaya, afortunadamente, a tí tampoco te ha pasado nada...
—¡No creas tú; se me han soltado los puntos de esta media!



Noticias de París y sus alrededores.

París... oh, París... Media humanidad tiene puestos los ojos en París... No hay señora que no sueñe con París aunque sea para su viaje de novios. Por eso fué un verdadero acontecimiento el que los madrileños pudieran encontrarse con París, sin más que tomar, en vez del rápido de Hendaya, el no tan rápido pero más económico Sol-Cuatro Caminos.

¡París en Madrid!... Paradoja geográfica. Ya no existen Pirineos. Eso era antiguamente. Estamos en el siglo de la velocidad y para la velocidad no hay distancias.

Así que Buen Humor, sin reparar en gastos, nos designó inmediatamente para que fuésemos a París, en calidad de enviado especial, y contamos después nuestras impresiones.

Nuestra impresión fué magnífica: París está como siempre; mejor, mejor que nunca. Antonia Herrero, que es una especie de Columna Vendome y de Arco de Triunfo de ¡vaya usted con Dios!, nos pareció digna de su gran fama; y los *environs*, los dignos elementos que a París rodean, dignos de París, del Arco, de la Columna y, por lo conjuntados, de la Plaza de la Concordia.

Preguntamos por París a la camarera del Hotel y nos pasaron a un gabinete. Allí estaba París con pyjama, un gorro de cuartel, sentado al piano delante de una partitura escrita a lápiz. En una silla, libretos de obras teatrales; en un pedestal, una escultura en barro a medio hacer; y por el suelo, esparcidos, varios cartones pintados de colorines y puestos a secar en la alfombra.

París nos va explicando: la partitura es de un cuplé que está componiendo él mismo y que él mismo ensaya al piano; la escultura es también suya: le gusta la escultura y modela de cuando en cuando; los cartones son modelos de pantallos, almohadones o decorados que él mismo se pinta. Esto es admirable; pero a nosotros no nos sorprende: sabíamos que París es mun-

dial; que en París se reúnen todas las artes como en parte ninguna. Y no nos sorprendimos. Por eso nos detuvimos



Manolo París, diciendo: «¡Hay, qué poca gente ha venido esta noche al teatro!»

poco en esa circunstancia y fuimos derechos a otras cuestiones que nos parecían más curiosas.

—Señor París,—le dijimos—¿Es ver-

dad que le encargan a usted los chicos?

—¿No comprendo?...—nos contesta París con extrañeza.

—Nos han asegurado que todos los niños que vienen al mundo se los encargan a usted.

—¡Oh!... ¡Se habla demasiado!... ¡No, señor!...

—¿Es usted modesto?...

—No, señor; si fuera eso verdad me habría reservado algún niño que otro para mí, y ya ve usted: ni uno.

—Pues usted tiene varios pedidos—nos consta.

—¿Cómo que les consta?

—La otra tarde recibió usted una cartita. Usted rompió el sobre y se disponía a leer cuando le llamaron a escena, precipitadamente; usted salió corriendo y dejó la carta encima del tocador... La calidad del papel de la carta, su olor, su color, ligeramente violado, nos estaba diciendo a la legua que se trataba de carta galante y... alguien que estaba en el cuartito, no pudo resistir la tentación: miró..., leyó... «...Soy blanca, pelo negro, apasionada... Vengo todos los días a la fila cuarta con mi tío, que es calvo... Ponga usted pesado mañana una obra que sea muy de amor; si deja usted caer al suelo un pañuelo en el acto segundo y saca una flor roja en el hojal en el acto tercero, será que acude usted a mi cita»...

—París ha sido siempre famoso por su disipación, pero no hay que hacer caso: calumnias del Baedeker. No hay ningún motivo para suponer que esa señorita quisiera hacer a París ningún encargo.

Nos disculpamos.

—El París de la post guerra, además—continuó—tiene que dedicarse a las reparaciones... Yo, mírelo usted, trabajo de una manera extraordinaria. Váyase usted... al público, y tenga la bondad de comprobarlo.

He conseguido reunir una Compañía conjuntada, muy igual, toda ella de personas que saben su oficio y que tienen talento. Antonia Herrero es una de las actrices más comprensivas y de trabajo más fino y de buena calidad que tiene hoy el teatro. Amadeo Gon-



ANTONIA HERRERO
(Caricatura Torrado.)

zález un muchacho que hace muy bien las comedias y que, además, para fin de fiesta, canta que da gusto. No tengo reparo en decirlo aunque me cuesta caro porque, cada vez que se lo digo, me pide dos duros más de sueldo... Y Povedano... Y todos, todos... La escena se cuida, como puede usted comprobar, y yo me ocupo de todo, desde inventarme pantomimas, bailes y cuplés para nuestro fin de fiesta, o fabricarme portátiles plegables para mayor comodidad en los transportes, hasta enviarle los programas a los empresarios de provincia.

Calló Manolo París. Nosotros fuimos al teatro. El público, numeroso, elogiaba, en efecto, a todos, encantado... Nosotros, igualmente. ¡París!... ¡París!... Como siempre: el París de la fama bullanguera, con ser tan admirable, no llega ni con mucho, a lo admirable del París del trabajo excelente y del buen gusto.

En casa de los Sres. de Baroja "El Mirlo blanco".

La zoología gloriosa, que ya contaba con ejemplares de importancia, como las palomas del Viejo Palomar, el Murciélago, el Pájaro Azul y el Ratón Pelao —a más de otros ejemplares históricos: Babieca, La Cierva y Doña Urraca— puede enorgullecerse desde ahora con otro animalito de pluma: *El Mirlo blanco*.

En la casa de los Baroja, en un lindo salón que, ni de intento, han formado un pequeño escenario y en él, un lucido grupo de la intelectualidad española, ejecuta el delicioso «Teatro de cámara» que llaman de *El Mirlo blanco* y que podrán llamar de Juan Palomo, personaje también algo volátil.

El teatro grande está en crisis, en

España y fuera de ella; es un hecho reconocido con unanimidad por todo el mundo.

Nadie, en cambio, logra ponerse de acuerdo acerca de las causas. Nosotros, sin embargo, tenemos nuestra hipótesis: el teatro no tiene público porque... el público no existe.

El público teatral no existe, no: todos los espectadores que acuden al teatro son autores, productores y no receptores. Nunca ven, pues, en la obra, una obra de arte, ven una competencia.

Todo espectador tiene una obra mientras no se demuestre lo contrario; y si se demuestra, lo mismo. No todos



Manolo París en un monólogo.

los hombres tienen canas, pero las tendrán, si no revientan antes. No todos los hombres tienen obras de teatro, muchos han muerto sin tenerlas; pero los que viven las tendrán o reventarán. ¡Quién sabe si los muertos que fallecieron sin haber podido escribir una obra de teatro, murieron por eso!...

El teatro, pues, cuando se llena, se llena de autores y una de dos, o la obra que ven se parece a la que ellos tienen o no se le parece.

Si se le parece, piensan: «Todos esos efectos, y esas observaciones y esas gracias y ese estilo están en mi obra también, pero mejor». En igualdad de condiciones siempre nos tira más el hijo propio que el ajeno. En cambio si la obra que ven no se pare

ce a la suya, la patean. Es naturalísimo y forzoso. Habrán de patearla o no hay lógica. ¿No tienen ellos escrita una comedia? ¿No la han escrito como la han escrito porque les parece que aquello es lo mejor y el desideratum hiperbólico? Pues si la obra que se representa no se parece a la suya, señal de que no se parece a lo bueno, a lo exquisito, a lo ejemplar; en una palabra: a lo suyo.

Este problema no tendría más que una solución: que los actores se sentaran en las butacas y el público estrenara. Pero los actores también escriben comedias. Así que la salvación única consiste en formar grupos: que todos los que tengan obras de un tipo se agrupen y cada cual se represente, por turno, su comedia, mientras los demás escuchan, tranquilos y contentos porque saben que a ellos les llegará el turno mañana si no les llegó ayer.

Eso es lo que hacen hoy los autores encopetados y por eso les parece a todos tan excelente la escuela de sus colegas.

En el teatro de cámara de *El Mirlo blanco* público y actores alternan —no sólo a la manera de Max Reinhardt y a la manera castiza, sino en todos los sentidos del vocablo: el que es ahora actor luego es espectador y es autor siempre.

¿A dónde se puede llegar por este procedimiento? No sabemos. Hoy por hoy el sistema parlamentario está en suspenso y no podemos tomarlo como ejemplo; pero los que tengan buena memoria pueden recordar que hubo épocas en la historia en las que no existía dictadura y saber que en esos momentos gobiernan o influyen las minorías en la marcha de la nación tanto o más que las mayorías gobernantes.

Por lo menos, hoy por hoy, podemos asegurar que en casa de los Baroja, con un palmo de terreno por escenario y cuatro aficionados improvisadores pudimos recrearnos con va-



París, desde la Torre Eiffel.

rias excelencias que quisiéramos encontrar de cuando en cuando en los teatros «de verdad».

Vimos, por añadidura, a Pío Baroja de Pantalón y a Ricardo Baroja sin pantalones. Oímos una «bufonada» de Pío Baroja: *Arlequín, mancebo de botica o los pretendientes de Colombia*, llena de jocunda y tradicional travesura. Y, teatro de cámara y de cámaras, al estilo de Molière y de todos los antepasados de rango; un paso de guiñol—sensacional y sobrio—de Ci-

priano Rivas Cherif, autoridad cherifiana de la escena mítica; un *Diálogo con el Dolor* de Beatriz Galindo, perfecto de escenografía y un grato y gracioso diálogo del norteamericano O'Henry.

El decorado de Carmen Monné y Ricardo Baroja; el vestuario y atrezzo de Carmen Baroja de Caro. Apuntador: Jose Benito, y ejecutantes: Carmen Baroja de Caro, Isabel O. de Palencia, Carmen Juan de Benito, Raymonde de Back de Goldemberg, María de Abreu,

Carmen Monné de Baroja, Ricardo y Pío Baroja, Fernando García Bilbao, Rivas Cherif, Vighi, Sindulfo de la Fuente, Pittaluga, Gallego y Benito.

Entre la concurrencia Valle Inclán, José Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Salaverría, Marquina, Vinardell, Guillermo de Torre, Echevarría y otros muchos mirlos—todos blancos.

MANUEL ABRIL

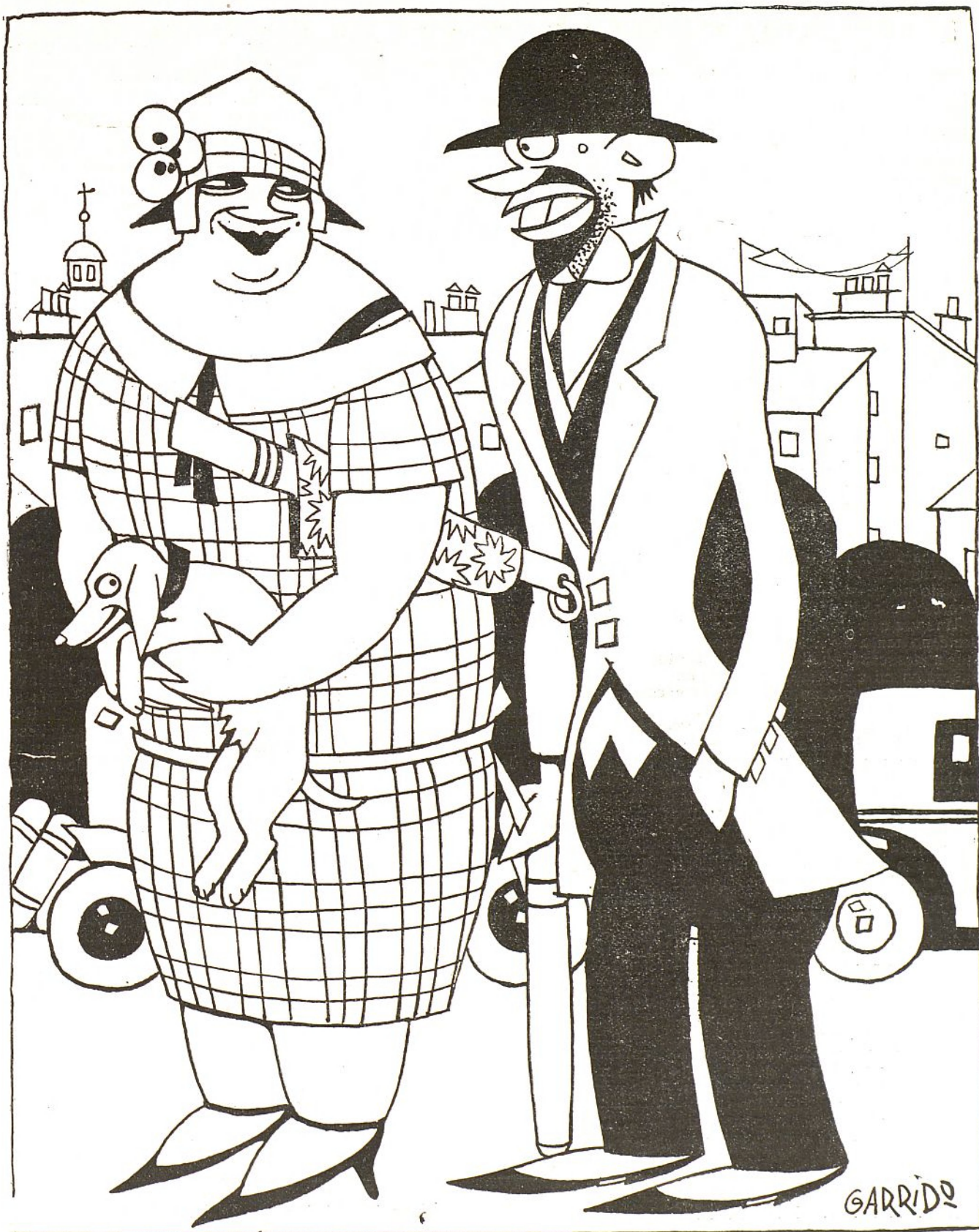
H-I-J-O D-E M-I C-O-R-A-Z-Ó-N

Yo tengo un hijo muy bueno, un santo.
Le quiero mucho, es la verdad.
El constituye mi dulce encanto,
mi más completa felicidad.
Doce años tiene, según mi cuenta,
y ya conoce perfectamente
todas las casas de compra-venta,
a las que acude constantemente.
El otro día cogió mi capa,
y el pobrecito la pignoró
con un modesto reloj sin tapa
que su abuelita le regaló.
Las papeletas de lo empeñado,
lector querido, no tienen fin;
forman seis tomos que ha encuadernado,
muy cuidadoso, mi Serafín.
El bebe, juega y anda a cachetes,
visita mucho ciertos lugares;
niño mimado en los *cabaretes*
pollo temible en céntricos bares.
Tiene tres novias de faz preciosa.
A todas ellas ha prometido
hacerlas pronto su cara esposa...
Las infelices se lo han creído.
Mas no son estas calaveradas,
las que me afligen, *¡voto a Satán!*
Son otras penas que, propagadas,
fin a mi vida pronto darán.
Este angelito enfermó un día;
bronconeumonía le acometió,
todos creímos que se moría,
más, por desgracia, no se murió.
Es fácil que alguien me califique
de duro y falto de corazón.
En el momento que se lo explique
verá que tengo mucha razón.
Es del caballo el limpio suero
gran medicina—dijo el doctor—.
Tres inyecciones ponerle quiero,
verán que pronto cesa el dolor.
El pobre niño sanó en seguida,
tomaba caldo, dulce y jerez.
El enfermito salvó su vida
para tortura de mi vejez.
De dicho suero tan prodigioso
notó el efecto mi chiquitín.
Sintióse jaco y, hasta orgulloso,
se hizo una cola de espesa crín,

y puesta al dorso de su figura,
se tiró al suelo, y a cuatro pies
gritaba en casa, la criatura:
«Paso a un caballo de tipo inglés».
Cuando a la calle con él salía
me avergonzaba ante la gente;
a grandes voces me sostenía
que ir por la acera no era decente.
Y en el arroyo, dando un saltito
rápidamente se me plantaba
y allí triscando como un cabrito
algunas veces hasta pisaba.
Frente a las tiendas de guarniciones,
al desdichado pararse ví.
Allí tenía sus ilusiones,
no se sabía quitar de allí.
—«Mira esas bridas, ese bocado,
mira esa silla de derribar.
Si en este curso me hago abogado
con todo eso me has de obsequiar».
Si ve una yegua la dice amiga,
se acerca a ella fino y cortés;
la da palmadas en la barriga
y las orejas besa después.
Cuando una tarde (mataba el Gallo)
fuimos de toros a una corrida
dejó la plaza sin un caballo
un bravo toro. ¡No se me olvida!
Y más caballos la concurrencia
enloquecida dió en rec amar.
Su griterío y su insistencia
no hubo manera de dominar.
El hijo mío bajó a la pista,
o, más bien dicho, al redondel,
habló solfécito al contratista
por si quería servirse de él.
¿Esto es sufrible, caro lector?
Hijo caballo no he de tener,
morir mil veces será mejor...
Si Dios me lleva, ¡oh, qué placer!

*He aquí probado con cuanta razón
su muerte o la mía llegué a preferir.
Todo en esta vida tiene explicación.
Por eso ninguno se debe reír
de aquello que juzgue errónea opinión.*

TOMÁS LUCEÑO



—Vamos, Casilda, no seas chiquilla. ¡Mira que a tu edad y coger la perra!...

Dib. GARRIDO.—Madrid.

PORQUE SOY COCAINÓMANO

Bostecé tan ampliamente, que por un momento creí que se me desabrochaban los maxilares. Comprendí en seguida que me estaba aburriendo.

Me encontraba en el Milki Vay Pavillon perfectamente sólo y aún no había tenido tiempo de ingerir sino un whisky. La importancia del tedio en estos alojamientos nocturnos vertidos al inglés, ha sido suficientemente tratada por plumas de las categorías más diversas. Los argumentos empleados para poner nota de manifiesto, yacen desde hace tiempo en el cesto de los lugares comunes. Demostrarla sería, pues, tan innecesario como pretender probar la de ciertos hemípteros en las casas de huéspedes de cuatro pesetas.

La gente, sin embargo, asiste a ellos, parcamente, pero asiste; unos conscientes de su deber de hombres para poder llevar este título con más dignidad, otros porque creen que se divierten. Los primeros acuden como acudían en su pubertad al Instituto; quizás con más frecuencia, debida tal vez a esa más clara visión del deber que dan los años. Los segundos no necesitan justificarse. El que cree que se divierte, se divierte.

Esto no sé si lo ha dicho Shakespeare o Pedro Mata, pero es verdad.

Una vez que advertí mi aburrimiento traté no tanto de disiparlo, como de que no trascendiera al concurso. Cualquiera en mi caso hubiera procurado lo mismo. El que no cumple con su deber, trata de ocultarlo y yo allí debía divertirme. Pedí, pues, un segundo whisky e invité a bailar a una gorda. La extraje, previa una suave sonrisa y un leve movimiento de cabeza, de un grupo en el que se encontraba con otra aún más abundante y un señor entre maduro y senil que pidió champagne. Este, al fin detalle, y el haberla visto bailar con ocho caballeros distintos entre sí y del que le acompañaba, me dieron fuerzas para ello.

Bailamos. Durante unos instantes, la rígida cadencia de un shimmy nos agitó todo lo que es dable agitar una pareja de la que forma parte integrante un céfalo. Una vuelta rápida separó nuestros cuerpos e hizo batir el suyo con estrépito en una mesa que por fortuna no estaba ocupada. Esta coincidencia (la de estar vacía) aunque restaba carácter a la juerga, que sin vacilla rota comprendí que carecería de importancia, me tranquilizó. Nos enlazamos nuevamente y oí un comentario humorístico sobre la opulencia de mi

acompañante y mi extraordinaria delgadez.

Aún no habíamos hablado. Nada hay más difícil que hacer conversación (1) con una mujer a quien desconocemos y hemos sacado a bailar impulsado por los azares de una juerga. Quise aprovechar las circunstancias y me lancé. ¡Se habrá usted lastimado, dije, los efectos de la fuerza centrífuga... No pude terminar la frase; un brusco encontronazo aplastó mi nariz contra su frente abrigada por el sudor. Además, teniendo en cuenta (dije presintiendo la catástrofe) que obra en razón directa de la masa, el daño ha debido ser terrible. Deberíamos dejarlo. Tiene usted visibles muestras de dolor. Aquí un poco, dijo mostrando algo que conmovería a la silla de más sólida construcción. Verdaderamente, en aquella magnificencia cualquier dolor resultaría ridículo.

Inopinadamente paró la música. Lancé un suspiro y ya me disponía a reintegrar a mi pareja, cuando dos o tres débiles palmadas nos pusieron a la orquesta y a mí en el trance de seguir trabajando. Este truco que se repitió hasta cinco veces, la última de las cuales, gracias a un señor de pueblo, que llamó al mozo a palmadas, me hizo ganar la confianza de la dama excesiva y perder dos kilos y 62 pesetas en vacilla.

Paró definitivamente la orquesta, permanecí aún en pie dos minutos para inquirir si alguien deseaba que siguiéremos y corrí a mi mesa.

Oficialmente me había divertido.

Empezaba a desesperarme. Estaba citado con un amigo y este amigo no se presentaba. Bien sé que esta desesperación es sólo fruto de mi carácter impaciente, pues habíamos quedado a la una y apenas eran las dos y cuarto. Bebí otro whisky y me sumí en mis cavilaciones. Me sacó de mi absorción el alfilerazo de una mirada. No es porque me mirase a mí, pero era una mujer guapa. Inmediatamente quise perfeccionar el nudo de mi corbata, pero me fué imposible; el pulgar de mi mano izquierda se ocultaba casi por completo en las reconditeces de una de mis fosas nasales.

He retardado todo lo posible esta confesión vergonzosa, pero ya no hay más remedio. Es un vicio que adquirí de pequeño y al que aún me entrego

(1) Hoy se dice hacer música, hacer baile, hacer tertulia, hacer...

aunque involuntariamente, en los momentos difíciles. En cambio, no fumo. Primeramente utilizaba en mis exploraciones el índice. Su mayor longitud la hacía gozar de mi predilección, pero un día tras unos hábiles escarceos me pareció observar en su extremo un trozo de masa encefálica. Me asusté y este dedo cayó en el desuso. Desde entonces empleo el pulgar. Confío en que esta espontánea declaración suavizará el juicio que formen ustedes de mí cuando lo sepan todo.

Me seguía mirando y mi turbación aumentaba. Y así permanecimos unos minutos; yo, sin atreverme a retirar el dedo temeroso de que su extracción me delatará; ella, sin apartar su vista como si quisiera no perder el más nimio detalle de tan interesante operación.

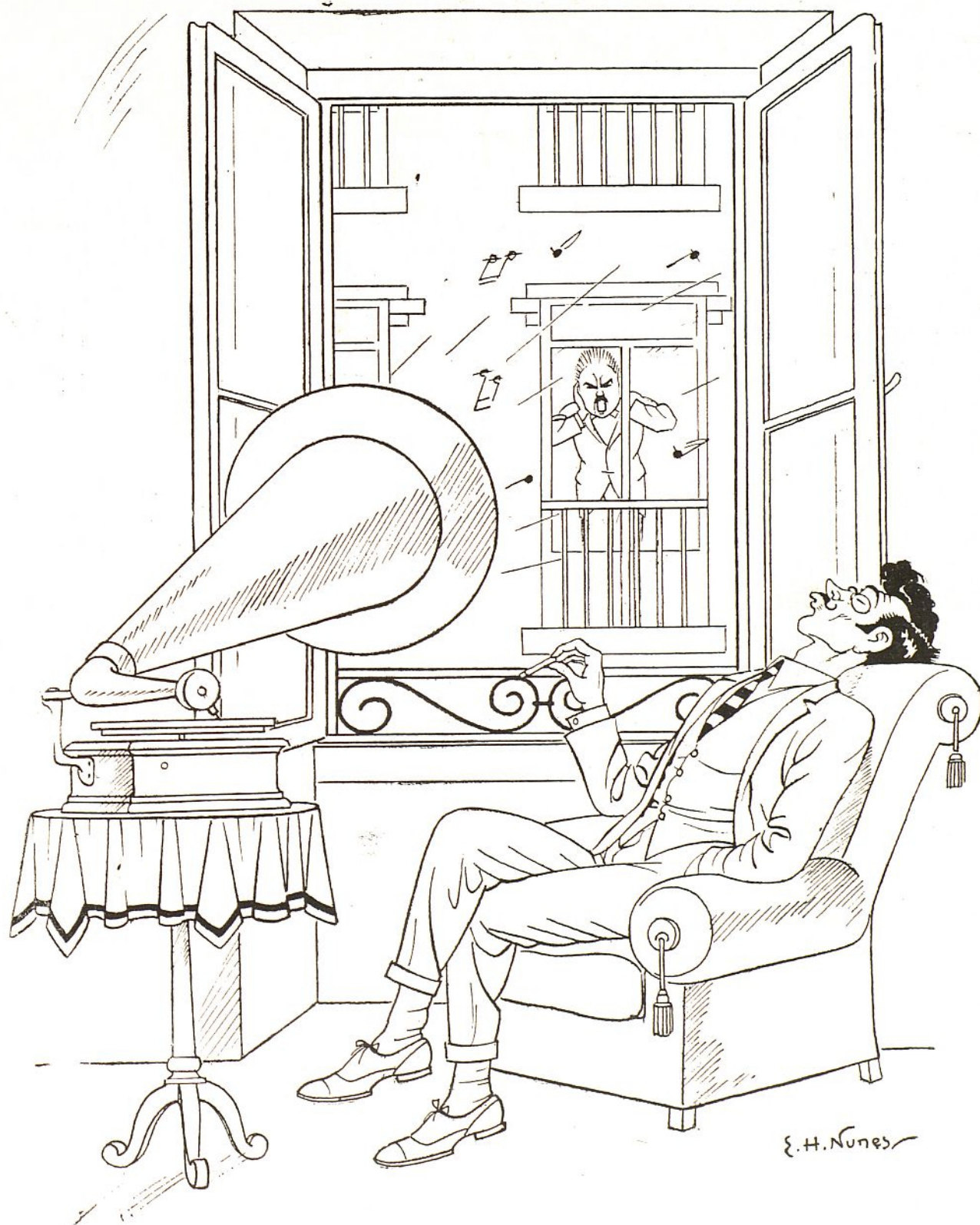
Se levantó súbitamente, y mientras distraía su atención en el arreglo del vestido, que apenas lo era desde donde su pecho se pluralizaba y se masculinizaba su espalda, libérté mi dedo de la cárcel en que se hallaba, ocultándole como un preso evadido bajo el tablero de mi mesa, donde trabajosamente y con probable detrimento del mueble, conseguí ponerle presentable.

He estado dudando si acercarme a usted, dijo sentándose a mi lado, pero me ha parecido lo suficientemente simpático para perdonarme este atrevimiento... Creo haber dicho que era guapa y no tengo el menor inconveniente en insistir. Hasta intentaría su retrato si no lo estimase inútil. Emplearía para ello los mismos similes e idénticas imágenes que se utilizan en todos los retratos de todas las mujeres guapas, de todas las novelas galantes, exceptuando únicamente el de las perlas por desacreditado. Pero ustedes no llegarían nunca a reconocerla. Convendremos, pues, en que era guapa. En cuanto a su cuerpo, estaba mucho más cerca de una obra de Fidias que del eructo de un artista ibérico. Hablamos. A los cinco minutos me ofrecía su amor a cambio de una cierta cantidad de coco. Me fué imposible sincerarme. La angustiosa escena del dedo me había, según ella, delatado, y una explicación me hubiera estropeado la conquista. Simulé una exploración en mis bolsillos, en los que no tenía más droga que unas pastillas de clorato y dije con aplomo que se me había concluido.

Hoy día soy un coicinómano de verdad.

LORENZO SANZ FECCAGI

BUEN HUMOR se vende en Bogotá (Colombia) en la Librería Médica, 9. Edificio, Hernández 9.



EL VECINO DE ENFRENT
—¡Recontra con el sueñecito de Manón!

Dib. de NUNES.—Cruz Quebrada (Portugal).

LA MUJER QUE NO CHISMORREÓ

—¡Voto a cien mil legiones de espíritus puros!— clamó furioso Brahma, descomponiendo los estatuarios pliegues de su celeste túnica, y hundiendo el puño omnímodo en el algodónado «schantilly» de una nube.

Las esferas temblaron.

Varios angelones traviesos asomaron el rosado hociquito por el azul empírico. No azul en embrión, sino azul del Empíreo.

Varias estrellas fijas, perdiendo su fijeza, comenzaron a hacer guiños y estuvieron a punto de apagarse.

Se tambalearon numerosos planetas.

Uno de ellos, inconcebible, con entrañas de cok y copetes helados, poblado de asesinos y de mártires; un planeta contradictorio, en fin, sufrió tal sacudida que se arreboló asustadito en su manto de niebla y esta niebla, al licuarse, lo anegó por completo...

Y comenzó el diluvio. Y cuando más agua caía...

—¿Pero qué es lo que pasa?— volvió Brahma a decir.

Y a este segundo grito, varios luceros espantados, entre los que figuraban los ojos de la Lulú y los de la Astolfi, olvidaron su órbita, y ya desorbitados, se convirtieron en medrosos cometas, perdiéndose para una eternidad en las tenebrosidades del Cosmos.

¡Cuántas estrellas perdidas, de *Varietés* y de las otras, por culpa del mal genio de Brahma!...

—Pasa, repuso su *grandharva* o espíritu dilecto, que como déis en tomaros, Señor, estas espantosas rabietas, vais a acabar con vuestra obra. Por lo pronto, un corpúsculo de la celeste *maya*, por mal nombre la *Tierra*, se está ahogando en una inmensa lágrima; y como no lo dejéis seco de una descarga celestial, la va a palmar, pero que a toda prisa.

—Vaya por tu piedad, repuso el Dios. Miró luego a la tierra; sintió, al mirarla, la natural *arcada*. De aquella *arcada*, brotó un *arca*. y del *arca* en cuestión, estas archirrequetesuperprodigiosísimas palabras:

«No hé... No hé... No hé querido hacer lo que he hecho. Y apareció Noé. Y su previsión salvó a la tierra; pero la ira de Brahma no se aplacó por eso.

—¿A tí te parece bien lo que me pasa? Pues no se le ha ocurrido a *Kali*, mi semidiosa predilecta... —Y tú ya sabes que si yo canto a *Kali*, es porque no tengo el corazón de *cal*... y canto, como algunos se creen... —¡Pues no se le ha ocurrido inventar una linda muñeca muy parecida a ella, que se llama *mujer*!...

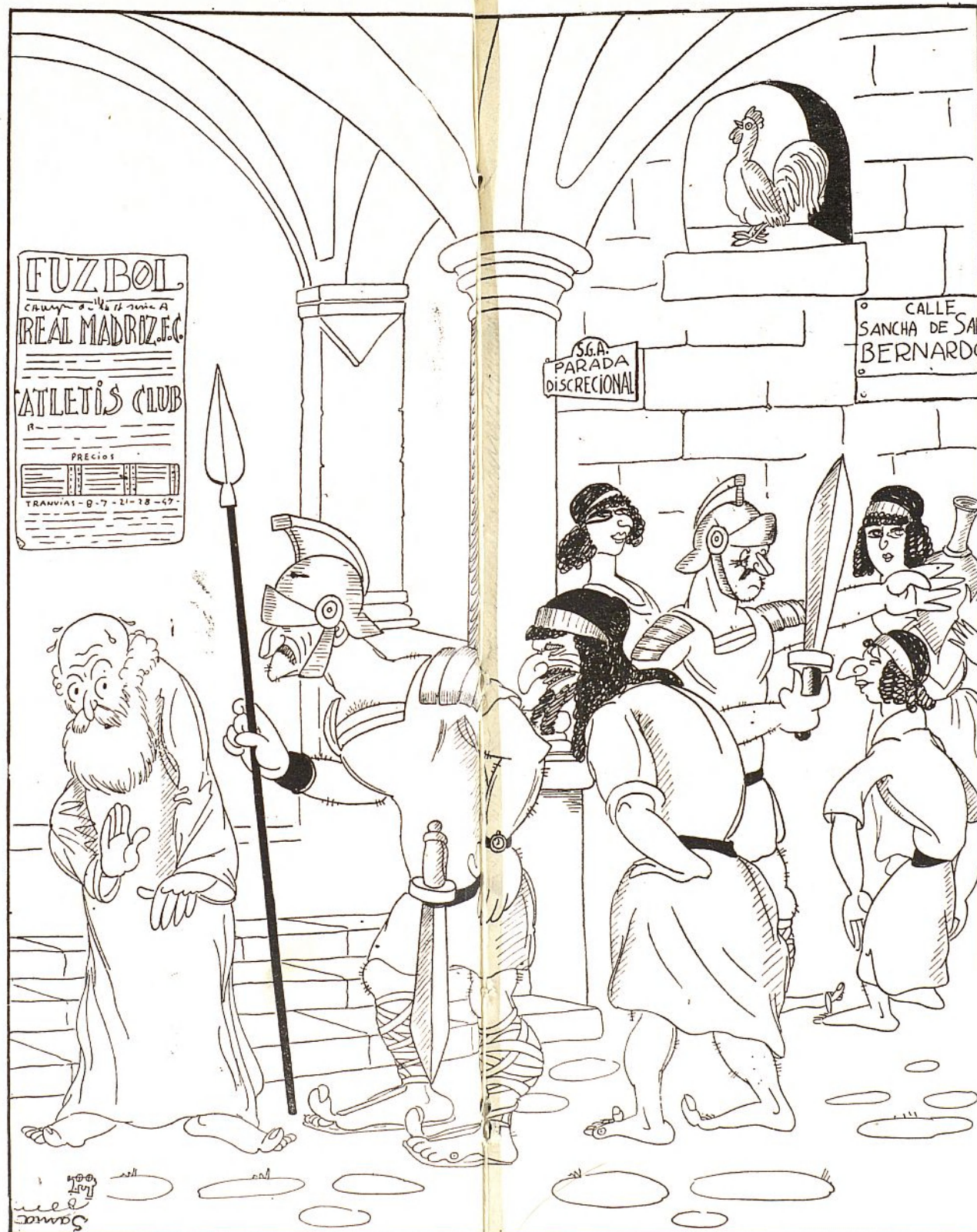
Pues por si esto aun fuera poco, has de saber que es esa muñequita, fresca y sedosa al tacto; con hilos de sol y de noche aureolando su frente; con todo el cuerpo lleno, no se para qué, de ampulosas y nevadas esferas... Pero ¿qué te pasa que te estás relajando?

—Es el dulce arrullo de tus frases, Señor.

—Pues bien, esa muñeca, tan bella en apariencia, está dotada de todas las maldades, de todas las hipocresías y de todas las monstruosidades del averno.

—¿Y por qué no la destruyes, Señor?

—Ya lo he intentado y le he disparado un flechazo celeste. Pero ha sido peor, porque, la flecha llegó sin fuerza y le ha dibujado en



Dib. SAMA. — Madrid.

EL SOLDADO.—¡Pedro, Pedrol! ¿Que va a cantar el gallo?
PEDRO.—¡Gracias! ¡Prefiero ir a ver cómo torea el tal

el centro del vientre un hoyuelo tan lindo y sonrosado, que más de cuatrocientos angelones están con pasión de ánimo.

—¿Y por qué no reformas la muñeca a tu gusto?

—Ya he hecho varias pruebas con ella. Y tengo algunos ejemplares, tales como Dido, Judith, Evora, Ruth, Rebeca, Marta, Magdalena, Berenice, Juana de Arco, Isabel la Católica, Agustina de Aragón y Dora la Cordobesita, que no están mal del todo...

Pero hay, en cambio, una Agrippina, y una Mesalina, y una Semíramis, y una Cleopatra, y una Médicis, y una Montespán, y una Dubarri, y una Chelito, que van a ser una desolación cuando las mande al mundo.

—¿Y no hay ninguna que te satisfaga del todo, que sea lo que se dice completamente buena?

—Si la hay, no la conozco. Existe un defecto, por lo menos, que las alcanza a todas.

—¿Y qué defecto es ese?

—La afición a los chismes; a la murmuración; a los enredos. Es algo consubstancial en ellas.

—¿Qué me das, si yo te encuentro una que no tenga esa falta?

—Te doy el mando único de mis milicias celestiales.

—Pues tumbate, para mayor comodidad en la *vía láctea*, y aguarda un poquitín, Señor, que en seguida vuelvo.

Veinte mil años aproximadamente han pasado del diálogo preinserto.

El *grandharva viajero* no ha vuelto todavía.

Los angelones han desaparecido.

Unos han pedido la jubilación.

Otros se han retirado con el alaje roto.

Otros se han ido a cazar la *Osa polar*.

Otros están tirando del *Carro*.

Otros, —los más— se han hecho hombres.

Y otros se están jugando en la Ruleta cósmica hasta la última pluma.

—Ya estoy aquí, Señor; clama una voz de súbito; y de entre un celaje azul celeste a medio restaurar, se ve surgir el luminoso casco y las cumplidas alas, llenas de polvo y barro, del *grandharva viajero*.

—¿Qué porra te acaece?, dice Brahma extrañado, haciendo pompas (se supone que humanas) con un inmenso tubo.

—Que cumplí mi palabra. Que aquí tenéis, Señor, la mujer que anhelábais. He recorrido un quintillón de estrellas y un sextillón, dos tercios de sextillón y una chorrada de planetas menores.

—¿Y qué?

—Que donde menos podía figurármelo, en un pequeño astro, y en una gran ciudad llamada *Tunantópolis*, (Madrid, por otro nombre), he encontrado este ejemplar rarísimo. Se llama *Prudencia*. Es portera; y aunque os parezca absurdo, no ha chismorreado jamás.

—¡Bruto, bestia, zopenco, romanonista, analfabeto! clamó Brahma mirando a la portera de reojo y alzando su puño sobre la cabeza del *grandharva*. ¿Con que esta es la criatura que no chismorreó? ¿Con que este es el mirlo blanco, el femenino asombro, el humano prodigio?

... ¿Pero tú sabes, necio, por qué esta mujer no chismorreó?...

—¿Por qué, Señor, por qué?...

—¡¡¡¡Porque es sordo-muda de nacimiento!!!!

JAVIER DE BURGOS.

RAMONISMO

DICCIONARIO GRÁFICO

Gurrumino es una palabra de bella estampa; mimosa a la par que ridiculizadora. No sentimos repugnancia a que nos llamen gurruminos, por el contrario de esos hombres groseros



hasta muy tarde, que lee los periódicos en ella mientras espera hacer lo que le da la gana.

A **Gañán** no hay más que verle para saber lo que es. Es palabra que no engaña ni disimula.



El **cojitranco** corre, más que andando, con aire de compás, y cuando todos creen que va a ser el último en subir la montaña es el primero que ha llegado.



que quieren revelarse enemigos y bur-ladores de la mujer que tienen en casa. No es depresivo ese concepto de la palabra gurrumino que señala «al marido que contempla en exceso a su mujer» siendo una onomatopeya del canto meloso del palomo.

Claro que hay gurruminos excesivos que dejan a sus mujeres derretidas e imposibles para un segundo marido, pero generalmente el gurrumino no está mal y se puede señalar como gurrumino seguro ese que todos los días lleva a su esposa el postrecito y un disco de gramófono nuevo o una gale-na detectora de marca diferente y mejor.

Camastrón, es un ser más egoísta y yo le veo tal como le he dibujado, corrigiendo un paso a la Academia que arbitrariamente lo define como «perso-



Mequetrefe es ese polleteentrometido, bullicioso y de poco provecho, que avanza alborotador hacia los grupos, dando bromas de carnaval aunque esté en cuaresma y dando la lata a las muchachas con los novios prohibidos sin notar que los padres le están oyendo. El mequetrefe pasea por el pasillo de butacas con aire que se incita a tirarle los dobles cañones de los gemelos.



El **cojitranco** está siempre un poco en jarras con los pies y con las manos y da caderazos al mundo como para avivarle y excitarle a ser más dicharacho, más granuja, más pendejo.

El gran **cojitranco** es como molinillo que los niños muelen y tiene agilidad de polichinela movido por hilos hilantes.

Rostrituerto es una palabra con la que no me debía encarar. Da miedo y dicho en la mañana en ayunas es de mal agüero.

Rostrituerto que es el que manifiesta en el semblante enojo, enfado o pesadumbre, no tiene nada de tuerto aunque yo le haya echado un borrón en un ojo y por más que la palabra parezca indicarlo con ese paradojismo que hay en las palabras.



¡Vaya un tío resuelto que está el tal rostrituerto.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA
(Ilustraciones del escritor.)

na disimulada y doble que espera oportunidad para hacer o dejar de hacer las cosas.

Camastrón, realmente es un tipo lleno de sorna, que se queda en la cama

Cojitranco es ese cojo travieso e inquieto, que se ríe de todas las estatuas, del sol, de la luna, y en las bodas del novio y de la novia. El **cojitranco** es como bailarín de todos los minutos en baile de excéntrico, raboteando con los faldones de su gabán o de su chaqué. Hay un principio de jota en su danza garabitos.



Dib. DEL RÍO. — Barcelona.

ELLA.—Y si yo le rechazo, ¿se suicidaría usted?
EL.—Sí, señorita, es mi costumbre en estos casos...

HAY QUE RENOVARSE

La rutina lo invade todo. Esta distinguida dama es tan autoritaria que no respeta ni sagrado ni divino, y de ahí que su invasión haya llegado hasta los dominios de la Prensa periódica, convirtiéndola en una famosa palanca en un vulgar palanquín, y gracias.

Lo rutinario, en efecto, se ha enfioreado de papeles, pepelitos y papelotes. Lo mismo los periódicos diarios que los semanales están supeditados al «orden y mando» de la más imbecil rutina, que no les permite salir de trilladísimos caminos, de sobadísimos

procedimientos y de vulgarísimas pausas.

Hojeando unos y otros es inevitable el encuentro con desacreditados lugares comunes; es cosa segura el tropiezo con anticuados procedimientos; es de ene el choque con invariables califi-

cativos. ¡Siempre la misma monotonía! ¡Siempre idéntica adjetivación! ¡Siempre vivito y coleando lo machacón y lo insustancial!

Allá van unos cuantos botones de muestra, y si se desea la botonadura completa puede ser presentada con ojales y todo al menor requerimiento.

¿Se trata de una señora que cumpliendo con lo que la ordenan el precepto divino y sus deberes matrimoniales aumenta la población? Pues ya se sabe. Una hermosa niña, o un robusto infante. ¡Ni por casualidad se da

una cría horrorosa ni un crío encanijado!

¿Hay que dar luctuosa cuenta de un fallecimiento? Pues inevitablemente nos veremos forzados a asegurar que el acto resultó una verdadera manifestación de duelo, y que el finado fué la honradez en vida y la simpatía en el momento de «difiarla». ¡No hay un espíritu valiente que se destape en el sentido de consignar que el difunto era un perfecto sinvergonzón! ¡No hay un informador que rinda culto a la verdad manifestando que en el acompañamiento del «fiambre» sólo figuraban los de-

pendientes de la funeraria y los «simones» con sus horas contadas!

¿Se estrena un esperpento teatral, se celebra una velada en honor de un menudito poeta, o se verifica una encerrona para presentar a un chisgarabís taurino? Pues ni por los treinta y seis ojos de los doce apóstoles se confiesa que la comedia es una birria, que el poeta es un «viva la Virgen», y que el coletudo recuerda a los peones camineros. ¡No, señor! Aquél viene pegando, éste viene innovando y el otro viene arrollando, aunque quede plenamente demostrado que no se sabe lo que es pegar, ni lo que es innovar, ni lo que es arrollar.

El periódico a la moderna exige que tales rutinarios procedimientos desaparezcan. Aunque corramos el peligro de caer en los dominios del astrakán, retorciendo el lenguaje y violentando los conceptos, hay que intentar una renovación que alcance al calificativo de las secciones periódicas, y proporcione títulos adecuados a las materias que en tales secciones se traten.

Ahí van unos cuantos ejemplos.

Todo lo relacionado con la reina Natalia, con la danzarina Natalia, con el hombre público Natalio Rivas y con el novillero Natalio Ruiz, debe publicarse con el mismo epígrafe. ¿No se trata de Natalias y Natalios? ¡Pues *Natalicios!*

El anuncio de alquiler de un gabinete con buenas luces, los efectos de tres borracheras, un crimen en la calle de las Velas, una juerga en la Bombilla y el parto feliz de la mujer de un sereno, tienen un apartado inconfundible. ¡Sección de *Alumbrado!*

Cosas ocurridas en las calles del Carnero, de la Ternera, de los Tres Peces y de la Paja, sin vacilar, a las *Notas Alimenticias*.

Lo concerniente a Venta de Baños, a las Ventas del Espíritu Santo, a los timos de limosnas y entierro, y a la humilde recogida de colillas, *Comercio e Industria*.

Revoco de fachadas, lavatorios de Jueves Santo y ropero de Weyler, pintiparado en *Ramo de Limpiezas*.

Hallazgo de tres incunables, rifa de un bargueño y fiesta onomástica de Luis de Tapia, *Antigüedades!*

Una confección cuidada, un apunte artístico, una enciclopedia famosa y una vulgar cola para adquirir pan, deben ir a la sección de hoteles y fondas. ¿Por qué? Porque en la confección hay es-Mero, en el apunte hay es-Corzo, la enciclopedia es-Pasa, y la gente de la cola es-Pera.

¿Se toma en consideración la novísima nomenclatura que tengo el honor de presentar? Pues como la presento anhelando solamente que guste, y lo hago sin interés material, deliberadamente la incluyo en *Gusto y Economía*, firmo y plego.

ANGEL CAAMAÑO



Dib. MATEOS.—Valencia.

—¿Cuánto debes amar a tu marido! Siempre que vengo te encuentro escribiéndole...

—No me distraigas como la otra tarde, que en la cantidad que te pedía le puse un cero de menos.

A UNA DEVOTA... CUARESMAL

Muy cambiada te contemplo
y me causa admiración
la ferviente devoción
con que rezas en el templo;
pues recuerdo, al verte así,
de tu existencia la historia.
¡Yo tengo buena memoria
y no me la das a mí!...

Como al mundo engañar quieres,
yo descubriré tu amaño.
¡De fijo le desengaña
sólo con decir quién eres!...
Tan alegre como hermosa,
sin pesares ni temores,
fuiste, en materia de amores,
mariposa caprichosa.

Volando de flor en flor
con los amantes jugabas
y unos por otros dejabas
con veleidoso impudor.
Hasta que al fin encontraste
quien conoció tu flaqueza
y en sus brazos, de cabeza
por el abismo rodaste.

Ya en el fondo, a tus dolores
calma, con el arte, diste;
¡no me negarás que fuiste
un modelo... de pintores!
De tu belleza sin duda
los encantos admiraste
y en mil cuadros te mostraste
casi, y sin casi, desnuda.

Y aunque sea desacato
que a los cristianos es tanta
vé en un cuadro cierta santa
que era tu vivo retrato.
Pero aquéllo se acabó,
vino a menos tu hermosura,
perdió esbeltez tu figura
y el arte te abandonó.

Como te pasas de lista
y eres hábil para todo,
pronto hallaste un acomodo
en calidad de tanguista.
De tus formas, con destreza
alarde constante hacías
y ante el público lucías
los restos de tu belleza.

Tendiste la red y pronto
picó un pez en el anzuelo.
¡Cuántas gracias diste al cielo
por haber pescado un tonto!
Le tomaste por filón
sacándole buenas sumas

hasta dejarle sin plumas
como el gallo de Morón.

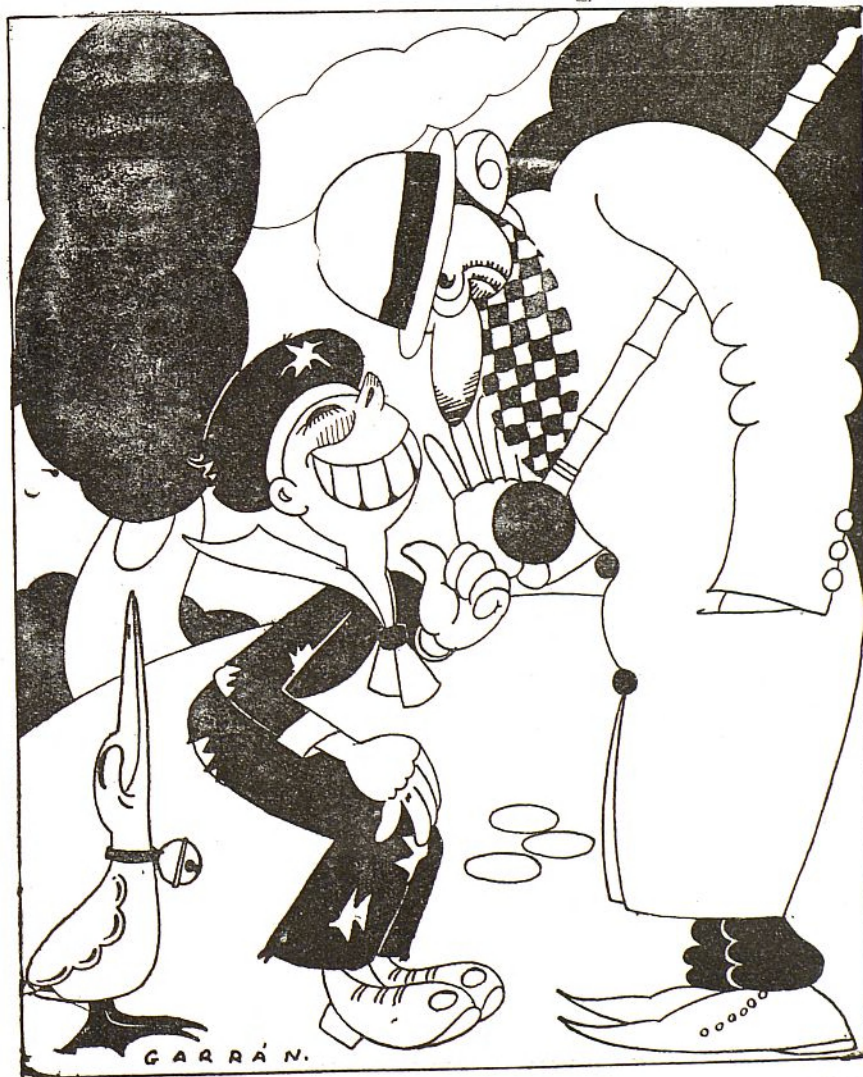
Cayó después un banquero
que hizo de galas derroche.
Tuviste casa, auto, coche
y un espanto de dinero.
Fué aquél tu mejor negocio,
pero se cambió la suerte
presentándose la Muerte
y llevándose a tu socio.

Pronto la Fortuna un trato
te brindó y, por sus mercedes,
hoy vive preso en tus redes
un viejo rico y beato.

Y como yo de tu vida
conozco a fondo la historia,
sé que al umbral de la Gloria
no llegas arrepentida.

Es mentira y mal te sienta
tu religioso talante,
tu afán de rezos constante
que en Cuaresma te atormenta.
¡No! ¡Tú no eres un ejemplo
de ferviente adoración!
¡¡Es el rico setentón
quien te hace asistir al templo!!...

UN CHISMOSO



Dib. GARRÁN —Madrid.

—Hijo mío, destrozas más que gana tu padre.
—Quíá, no señor, ¡le han subido el sueldo!



CONSULTORIO DE "BUEN HUMOR"

Adalberto Ripoll. Alicante. — El fundador de la Compañía de Jesús fué, efectivamente, San Ignacio; pero no el San Ignacio que usted dice. Usted afirma que ese distinguido santo se llamaba San Ignacio de Lozoya, y esa afirmación desahogada es la que nos vemos obligados a discutir. Si San Ignacio hubiese sido de Lozoya, los ignacianos se llamarían, en lugar de jesuítas, aguadores; en vez de canonizar a varios de ellos, se les habría canalizado; y los que pronuncian sermones elocuentes y patéticos, no los pronunciarían con bocas autorizadísimas sino con bocas de riego. Vea usted a qué conclusiones absurdas conduce un error tan miserable como el que usted ha padecido.

Además, hay otra cosa peor. La preponderancia de los jesuítas se basa en que ha sido imposible la competencia con ellos. Pero si, como usted creía, San Ignacio hubiese sido de Lozoya, en cuanto hubiera salido un San Pancracio de Valdepeñas le habría quitado la clientela. Y no digamos si el santo es de Jerez de la Frontera... Ni hablar.

Elvira Martínez. El Escorial. — Es verdaderamente lamentable que su novio, al que usted adora con tan estupendo frenesí, sea cojo. Pero afortunadamente, y por lo que usted nos cuenta bajo secreto, el hombre no es manco ni mucho menos. Creemos, por tanto, que debe usted alegrarse de lo segundo y no entristecerse demasiado por lo primero. No es posible que todos los hombres tengan buena pata. ¿Qué sería, entonces, de nosotros, los escritores humoristas?

Demetrio Ferrer. Madrid. — Los primeros ciudadanos que han comido

callos en el mundo, han sido los antropófagos. Tenemos la prueba en ciertas cartas que se conservan de los primeros exploradores de América del Sur. Uno de ellos, Sir Robert Macpheeon, refiere que después de andar cuatro mil kilómetros en unión de doce compañeros, cayeron todos en poder de unos salvajes hambrones que se los deglutieron en dos minutos. Y la consecuencia es clara y rotunda: si habían andado cuatro mil kilómetros, no tenían más remedio que tener una de callos que sería un espanto. Y si los antropófagos se comieron la expedición entera sin dejar migaja, es innegable que se comieron los callos también.

Y ya estará usted satisfecho, aunque no tanto como lo estarían los aludidos salvajes después del referido banquete.

Carlos Navalón. Valladolid. — El crimen más espantoso que conocemos es el cometido en Francia por madame Bassarabo que, como usted recordará, hizo unos cuantos divertidos pedazos de su víctima y los metió en un baúl mundo con gran tranquilidad, limpieza, prontitud y economía.

Y fíjese usted en lo originalísimo del lance. Madame Bassarabo empezó por mandar al pobre hombre al otro mundo. Después lo partió, volviéndose loca por sus pedazos. Y finalmente le envió a otro mundo (que era el baúl) y de esta guisa le condujo a la estación para facturarlo en doble pequeña.

Y a ver qué cadáver puede decir que ha hecho más viajes y ha recorrido más mundos en menos tiempo y por menos dinero.

Manuel Gamborena. San Sebastián. — El *record* de la alimentación ha

sido batido por un alemán en Francfort el mes pasado.

El buen señor se comió sin respirar o respirando muy poco, seiscientos kilómetros de longaniza blanca. Excusado es decir que le dieron una ovación y no le dieron la oreja porque se la habría comido de la misma manera.

Y excusado es añadir que, al día siguiente, el alemán adquiría en una tienda *ad hoc* novecientos cincuenta kilómetros de papel de seda. Y excusado es insistir en el triste papel del pape-lito. Y usted perdone los tres excusados que le he largado, pero no crea usted que son muchos, dado el caso que se debate.

Jacobo Villaverde. Zamora. — No está demostrado, ni mucho menos, que haya habido una mujer llamada Juana ejerciendo el elevado cargo de papa. La Historia no parece estar conforme con lo que dice el vulgo y, según todos los indicios, se trata de una trola para entretenerse en los descansos.

No ha habido, pues, una papa.

Lo que resulta una papa es la afirmación de que ha habido una papa.

¿Me explico bien?

Porque le advierto a usted que, si vá usted a Roma, le van a decir lo mismo. Y como se lo dirán en italiano, o tal vez en latín, lo va usted a entender menos todavía.

ERNESTO POLO



BUEN HUMOR se vende en SANTIAGO DE CHILE en la librería "El Progreso Científico" de Ceterino Pérez R, Avenida Brasil, 58.

LAS MUJERES

¡VEN A COMER A CASA!



IV

En donde el autor, que es un tipo consecuente, prosigue el estudio de las mujeres que se propuso hacer, y en donde va a poner frente a los ojos del que leyere la simpatía que sienten las mujeres casadas hacia los amigos de su marido que empujaron a éste a quebrantar la fidelidad conyugal (1).

Gonzalo me detuvo en mitad de la calle con la misma furia que si yo acabase de quitarle la cartera; pronunció a voces mi nombre, me tiró de las solapas, me estrujó contra su pecho, me llenó de cardenales la espalda al golpearla con sus gruesas manos, hizo crujiir todos los huesos de mi organismo y finalmente me pisoteó los zapatos. Quiero decir con esto que me saludó cariñosamente.

Después me dirigió cincuenta preguntas sin esperar ninguna de mis respuestas y finalmente dijo:

—Te espero a comer en casa esta noche. No faltes; Fernanda se alegrará muchísimo de verte...

Y, desde la plataforma de un autobús, a donde había trepado como si fuese un cocotero, aún me rugió:

—¡¡Que no faltees!!

Luego varios viajeros, que no hallaban sitio donde ir, se subieron sobre sus hombros y ya no volví a verle.

Yo me quedé inmóvil, reflexionando, cosa de la que no todo el mundo puede presumir; reflexionaba si iría a casa de Gonzalo o si le enviaría una carta anunciándole haber caído enfermo del tifus.

(1) Para conocer las tres primeras partes de este estudio, lo que me atrevo a aconsejar a las personas de buen gusto, véanse los números 221, 222 y 223 de Buen Humor



Josefina - XXVI -

tra primera entrevista, pero yo contestaré que aún sobran palabras

para que aquella señora me fuese desagradable. Y en apoyo de mi tesis de que unas cuantas palabras son suficientes para crear una simpatía, añadiré que la única bronca que he sostenido en mi vida la sostuve con un ciudadano que no me dirigió más que una sola palabra. Claro que la palabra

—¡Idiota!

Pero ella, por sí misma, bastó para que ambos nos colocásemos en situación de dar quehacer a los celosos empleados de una funeraria cercana que ostentaba la siguiente inscripción en la puerta: «Ya te lo dirán de misas», «Pompas Fúnebres».

Las breves frases cruzadas con la mujer de Gonzalo me convencieron de que yo le era a aquella señora lo bastante simpático para que se decidiera a bailar un schotis el día que se enterase de mi muerte. Y les juro a ustedes que yo no la había hecho ningún daño. Ni a Gonzalo tampoco. Por el contrario, cuando hube encontrado a mi amigo disgustado o de mal humor, yo fui lo suficientemente heroico para cogerle por un brazo y llevármelo a «correr una juerga», expresión que define toda la infinita serie de imbecilidades que pueden hacer dos hombres con dinero en una población que presume de cosmopolita (1).

Por las sensatas razones que anteceden dudé en aceptar la invitación de Gonzalo. Y si al cabo me decidí a ir a comer a casa de mi amigo, fué porque el temple de alma de los mártires que

No quiero que nadie suponga que yo no amaba a Gonzalo. Le he amado siempre. Gonzalo y la tortilla de jamón son las bases en que se asienta mi felicidad; porque Gonzalo es una de esas personas simpáticas, cuya compañía se busca como un alfiler de corbata extraviado. Pero yo dudé en ir a casa de Gonzalo, porque Fernanda no me era agradable.

La perforante perspicacia del lector habrá comprendido que Fernanda era la esposa de Gonzalo, ¿verdad? Muy bien. Aplausos para el lector.

Pues, sí, señores; Fernanda no me era agradable; me era desagradabilísima. Y mi juicio no resultaba precipitado, a pesar de que yo sólo había hablado con la esposa de Gonzalo una vez, en la calle y en un encuentro casual. Tengo una memoria portentosa y recuerdo las frases que se cruzaron entre ella y yo. Fueron éstas:

Yo.—Señora...

ELLA.—Caballero...

Una pausa.

Yo.—Vaya, pues a los pies de usted...

ELLA.—Adiós. Beso a usted la mano...

No faltará quien diga que la mujer de Gonzalo y yo hablamos poco en nues-

(1) Está averiguado que cosmopolita quiere decir enfermo del hígado.

fallecieron en el Circo romano no se ha extinguido todavía.

Llegué a casa de Gonzalo a las nueve menos diez en punto. Me abrió una doncella que debía ser estúpida si aceptamos el axioma de que la cara es el espejo del alma. Me quitó el abrigo y ella quedóse un poco extrañada al verme en traje de etiqueta. Por último, hizo mutis, y la oí decir en el interior de la mansión, dirigiéndose sin duda a la esposa de Gonzalo:

—Señora, ahí fuera está un camarero que pregunta por el señorito.

Esta frase de la doncella me convenció de dos cosas, a saber:

Primera. Que los invitados de Gonzalo no iban nunca de frac a comer.

Y segunda. Que a mí me sienta el frac como un helado en enero.

A la advertencia de la doncella de que yo era un camarero, la esposa de Gonzalo contestó lo siguiente:

—Pásele usted a la cocina. Vendrá a traer la langosta que hemos pedido al café para festejar a ese sinvergüenza, amigo del señorito, que se ha pegado a comer hoy...

Entonces reapareció la doncella y me invitó a pasar a la cocina. Decliné el honor con el mejor de mis gestos y entregué una tarjeta escribiendo debajo esta excusa:

«Lamento no haber traído la langosta, pero es que yo huyo de las playas».

Tornó a marcharse la doncella, oyéronse unos cuchicheos y de pronto aparecieron Gonzalo y su mujer. El primero venía lívido, pero sonriente. Hubo un silencio terrible, hasta que se me explicó que todo había sido una broma.

—Fernanda ha querido embromarte —aclaró Gonzalo con voz de asilado huérfano— porque las bromas antes de las comidas facilitan la digestión. ¿Verdad?—Acabó mirando a su mujer.

Fernanda se alzó de hombros en esa actitud que tanto prodigan las personas que no quieren pagar al sastre.

—Bueno, vamos al comedor—dijo por toda respuesta.

Gonzalo la siguió acobardado y yo hice lo propio; aunque estaba mucho más sereno que mi amigo, me di dos golpes seguidos en la espinilla izquierda con dos butacas, que estaban colocadas convenientemente para el caso.

Ya en el comedor Fernanda me clavó sus ojos verdes y exclamó con la expresión de Juana de Arco en el sitio de Orleans:

—¡Ese es su sitio! ¡Siéntese!

Me senté y quedé mirando al mantel

con tanta atención que pude contar los hilos con la precisión de una vainiquera. Luego me atreví a iniciar una conversación trivial.

—Ha hecho un hermoso día, ¿eh?

Como Fernanda no me contradijo, insistí, les hice comprender que el mes anterior había sido muy lluvioso, y,



por último, tuve el valor de preguntar a Fernanda:

—¿No ha salido usted a dar un paseo?

—Sí—repuso ella, mientras untaba mantequilla en un trozo de pan—he salido esta mañana con mi perro. Le prefiero a mi marido, porque al menos él no tiene amigos que le lleven de juerga.

—¡Ay!—contesté yo de un modo incongruente, excitado por un puntapié que acababa de propinarle Gonzalo por debajo de la mesa para convenirme de que Fernanda me había tirado una indirecta.

—¿Qué dice usted?—preguntó Fernanda.

—Que hay que ver lo que se quiere a los perros—repuse filosóficamente.

Fernanda, no me contestó. Pero al ver que me servía cuatro cucharadas de crema de lentejas me lanzó una mirada destinada a convertirme la sangre en un sorbete de fresa.

Después tomó la palabra para decir con acento angelical:

—Lo que más me extraña es la desvergüenza de esos amigos que perverten a los maridos, y luego tienen el cinismo de venir a comer a su casa.

Me atraganté con la última cucharada de crema y durante veinte minutos me conmoví espasmódicamente a impulsos de un hipo que seguramente no tiene precedentes en la historia de los desarreglos del diafragma humano.

—¿No le parece a usted?—Agregó Fernanda mirándome con odio.

—¡Hip! Si, señora—repuse yo.

Y aseguré mi respuesta con dos golpes de hipo.

—¡Hip! ¡Hip!

En el momento de servir el café, Fernanda que no había vuelto a hablar me dijo:

—¿Sólo o con leche?

—¡Con leche! ¡Hip!

—Me lo suponía, porque no hay leche en casa y cierta clase de personas siempre piden lo que no hay.

—¡Hip, hip, hip!—replicué yo con elocuencia.

Y una vez que hubo servido el café—sin leche, naturalmente—Fernanda nos dejó solos.

—Ahí se quedan ustedes—murmuró.—No quiero interrumpir los repugnantes proyectos de juergas que traerán ustedes entre manos.

Y se fué.

—¡Hip! hip!—grité yo con fiera.

—¿Es el hipo?—me dijo Gonzalo.

—No. Es que vitoreo—repuse.

Y ya tranquilamente, concluí la frase de este modo:

—¡Hip, hip, hurra!

Gonzalo me miraba con la envidia con que miraron al faraón Chefren los esclavos que construyeron la célebre pirámide, que en la actualidad solo sirve para anunciar la casa Kodak.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

(Dibs. de Josefina Peña'ver).

BUEN HUMOR se vende en Bogotá (Colombia) en la Librería Médica, 9. Edificio. Hernández 9.



DEL BUEN HUMOR AJENO



NUEVOS CUENTOS BREVES POR BRUNO STORNI

El señor Robialto se ha comprado una pipa preciosa. Le ha costado catorce libras y está seguro de que en todo Milán no hay una pipa tan linda ni tan bien tallada como la que él acaba de adquirir.

El señor Robialto se pasea orgulloso, con la pipa entre los dientes y la mirada colocada en lo alto. Todos los transeúntes que no van muy engolfados en sus pensamientos, se detienen un instante a contemplar la joya, y algunos tienen para ella palabras de admiración y de entusiasmo. Esto hace aumentar hasta lo inverosímil el orgullo del señor Robialto, el cual sufre un tormento intolerable cada vez que un cigarrillo se consume, porque semejante consunción le obliga a tirar la colilla y a guardarse la pipa en el bolsillo.

Sin embargo en el cerebro del señor Robialto nace una idea: la de encender un cigarrillo con el resto del anterior; hábil estratagema merced a la cual puede seguir luciendo de un modo casi vitalicio la hermosa pipa de madera tallada.

Un golpe de tos. Otro. Otro. Otro más. El señor Robialto no puede resistir ya el undécimo cigarrillo.

Entonces lo tira con rabia y sigue recorriendo las calles de Milán con la pipa sin cigarrillo entre los dientes y la mirada colocada en lo alto...

Un hombre, que viene cargado con un baúl, avanza y da un golpe brutal en la cabeza al señor Robialto. Esto no tendría importancia, porque la cabeza del señor Robialto guarda un crecido tanto por ciento de cemento armado, pero, desgraciadamente, la tragedia surge al caer la pipa al suelo, a causa del golpe.

El señor Robialto recoge los veinticinco pedazos de madera y está a punto de llorar. Luego hace esta amarga reflexión:

—¡Qué lástima! No es lo peor que se me haya roto la pipa. Lo malo es que no se dónde ha ido a parar el tubo de dentro...

El comerciante Lercini es un individuo bastante distraído. Sus distracciones le han dado merecida fama en Nápoles. Yo podría contar algunas de sus distracciones y seguramente haría reír con ellas a mis lectores, pero la verdad es que no me acuerdo de ninguna.

Me limitaré, pues, a decir lo que le sucedió la noche del martes pasado.



EL DUEÑO DE LA CASA (sorprendido a un ladrón).—¡Gracias a Dios, que me sirve para algo el teléfono!

(De London Mail, Londres).

El comerciante Lercini tiene una tienda de bisutería cara; también vende alhajas de elevado precio, pero esto lo hace de un modo oculto para pagar menos contribución industrial. Por tales razones, el comerciante Lercini ha puesto en la puerta de su tienda una cerradura que una vez cerrada, no se puede abrir sino es con la ayuda de una combinación numerica.

Son las nueve de la noche del martes pasado. El comerciante Lercini, solo, en su tienda, hace el arqueo de la venta. Ha cerrado la puerta de la calle para que nadie le moleste.

Cuando acaba sus cuentas, pretende abrir la puerta para irse a su casa, pero la combinación que abre la cerradura ha huído de su memoria, se le ha olvidado. Y Lercini se halla preso en su propia tienda.

Durante unos minutos, exprime su cerebro sin lograr dar con la combinación.

Al fin, se resigna a no recordarla, y súbitamente alegre, se sienta en una silla, a leer un periódico de la mañana.

—¡Bah!— se dice.—¿Para qué torturarme en recordar la combinación? Esperaré a que vengan ladrones y ellos mismos abrirán la puerta.

P. P. y W.

Chistes de todo el mundo

—No sé cual de las dos hermanas elegir para casarme. Una de ellas es demasiado alta y la otra muy pequeña.

—De dos cosas malas, elige la menor.

De Pele Mele, París.

—¿Está usted seguro que no hay carne de caballo en las salchichas?

—Puedo asegurarle que no hay carne de ninguna clase.

De Nael Lustige Welt. Berlín.

—Ahí va el joven Peterson, es un tremendo adulator.

—¿Es que te ha dicho que eras muy bonita?

—No, me ha dicho que lo eras tú.

De Karikaturen, Oslo.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR DE BIEN HUMOR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Luisía. Bilbao.—Amable señorita: pídanos usted un viaje al través de lo imposible, pídanos nuestro amor, pídanos que bailemos el paso del camello en la cuerda floja, pídanos hasta treinta reales en monedas de cupro-níque; pero, ¡por Dios santísimo!, no nos pida usted que publiquemos sus versos a Joaquinito Ibarruce, porque antes de eso tomaremos estricnina o nos arroja-remos al paso de un mixto acelerado, decididos a acabar de una vez. ¡En sus blancas manos está el salvarnos de tan horrorosa ruina! ¡Hágalo, si no por nosotros, por Joaquinito!...

R. F. T. Barcelona.—

Es su cuento cuaramal una lata colosal que empieza la mar de mal y que, ¡ay de mí!, acaba igual. Y decimos igual, porque peor es imposible.

Juana. Bilbao.—

Ame usted a los muchachos alegres y vivarachos y no pinte mamarrachos como este de *Los borrachos*. En primer lugar porque esto ya lo hizo Velázquez con un poco más de cuidado, y no creemos necesaria una imitación en estos delezna- bles tiempos de mal gusto y de criminal desdén por el arte:

"BUEN PROVECHO"

Vino tónico de maravillosos resultados para ancianos y convalecientes

"Los Ceas" Alberto Agullera, 29
Teléf. 10-59 J. 1-1

Torrent. Vich.—Es indudable que usted ha tratado de dibujar un dirigible, pero se conoce que, como es usted de Vich, ha podido más el patriotismo; y claro, en lugar de un dirigible, le ha salido a usted un magnífico salchichón que está para comérselo.

Gorrínez.—¡Y tanto!

M. U. G. Valencia.—¿Una crónica, completamente seria y malhu-



El perfume "Varon Dandy" por razones psicológicas atrae poderosamente a la mujer. Probado es, que la mujer le impone al hombre de sus ilusiones.



PERFUMERIA PARERA Badalona

morada, sobre la puerta de Serranos? ¡A otra puerta, querido amigo!

AMADOR
FOTÓGRAFO
PUERTA DEL SOL. 13

C. N. C. Barcelona.—

De su *Requiescat in pace* no nos gusta el desenlace.

Esto quiere decir que los cuentos mortales de necesidad no tienen cabida decorosa en *Buen Humor*. Los cadáveres para el gato, suponiendo que el gato no les haga fú a los cadáveres.

Tapicero. Madrid.—Ya le llamaremos a usted para que nos repase unos sillones que nos han estropeado nuestros numerosos visitantes; y en cuanto a su artículo, le diremos que tiene muchísimo peor arreglo que los silloncitos aludidos. Es lamentable, pero es así.

Nos molesta y nos cohibe el que nos mande hacer versos más los hacemos con gusto si son de Jarabe ORIVE.

Los corsés y fajas, de casa de *Presa*, son siempre elegantes, bien a todas sientan. Y el sostén de pechos de marca Ideal, saben las señoras que no tiene igual.

Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00-M.

N. B. T. Madrid.—

Resultan bastante malos sus versos a *Franco en Palos*. Por cuya triste razón, hemos acordado en esta su casa que el único a quien sería oportuno despedir a palos (con minúscula, pero mayúscula) es usted. Ni más ni menos.



Togo. Madrid.—

Demasiado desahogo mi querido amigo Togo.

Gallina. Madrid.—Lamento muy formalmente que sea usted Gallina, porque si fuera usted valiente nos libáramos a puñetazos pero que ahora mismo... ¡Cincuenta cuartillas! ¡No hay derecho a abusar de una persona digna, de esa manera tan miserable!...

SENSACIONAL
DESCUBRIMIENTO
os asombrará en breve plazo

Servidor. Madrid.—

Ese dibujo en color no nos sirve, Servidor.

CUPÓN

correspondiente al núm. 226 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Régimen...
Señor gordo.—Mi doctor me ha aconsejado, dos horas diarias de equitación.
El huésped.—Y qué ¿le ha hecho efecto el régimen?
Señor Gordo.—A mí no, pero el caballo ha adelgazado mucho.

Arnold.—San Gervasio.

los entre actos el chico se asomó al antepalco para ver la sala.

—Ten cuidado, pequeño, no te caigas abajo.

—¿Por qué, padre?

—Porque las localidades de abajo pagan el doble.

Jesús Alvarez.—Bilbao.

—Sí, Juanito, aunque estoy tuerto veo más que tú, gracias a Dios.

—¿Cómo!

—Porque tú no me ves a mí nada más que un ojo, pero yo a ti te veo dos.

Antonio Quintana.—Melilla.

—¿Cuál es el colmo de un sinvergüenza?

—Entrar en una tienda, *colar* un duro falso y al marchar, decir: ¡usted lo pase bien!...

José Nogueira.—Ferrol.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primeras marcas mundiales

LOGROÑO

En una casa mortuoria.

El encargado de repartir las esquelas.—Es inútil remitir una a don Jenaro.

La viuda.—¿Por qué?

—Porque como es tan avaro no nos dará ni el pésame.

Antonio Balaguer.—Barcelona.

Un turista pregunta a un labriego.

—¿Son estas aguas realmente ferruginosas?

—Tan ferruginosas son que, un caballo que se moje los cascos con ellas, está herrado para todo el invierno.

Antonio Lobo.

Entre amigos.

—Noto con gusto que desde que te has casado, no te falta nunca un bolón.

—Sí; mi mujer es una perla; desde el día de nuestro matrimonio me enseñó a cosérmelos.

Ernestín.

En un restaurant.

—¡Camarero!... Esta ración de cabeza de abalí, que me sirve, tiene un pelo.

—¡Anda! ¿Y se extraña el señorito de que la cabeza tenga pelos?

Masto.—Madrid.

Un avaro llevó a su hijo al teatro, y en uno de

—¿Conque se ha fugado la mujer con uno?

—Sí.

—¿Y tú, que has hecho?

—Acompañarles a la estación.

Chiquitín.—Valladolid.

Un hombre de ochenta años asegura

que si a edad tan madura,

ni una muela le falta, ello es tan solo

porque siempre para su dentadura

usó el Licor del Polo.

Entre amigos.

—Tan grandioso es el éxito de nuestros aviadores en su vuelo a través del atlántico que hasta influye en nuestra opinión sobre política internacional.

—¿.....?

—Ahora todo el mundo es *Francófilo*.

Gal 2.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.

MADRID

CANAS



INVENTO MARAVILLOSO

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria con el Agua Colonia «LA CARMELA»; no mancha la piel ni la ropa, pudiéndose emplear como perfume en los usos domésticos; su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad; su aplicación se hace con la mano.

Venta todas partes, y autor N. López Caro, Santiago, y Sucursal de Barcelona, Caspe, 32, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pídase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro, República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.





—Hace tiempo que sabía que me amaba usted.
—¿Y se puede saber quién se lo ha dicho? ¡Tal vez el instinto!
—No, señor: su hermana la pequeña.

(De The Humorist, Londres).

ALHAJAS
SE COMPRAN PARA CASA EXTRANJERA

Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

INDRA PERLA

Las más acreditadas en todo el mundo.

La mejor calidad y más barata.

Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

LOS
FAMOSOS
POLVOS INSECTICIDAS

D B

LEYER Y COMPAÑIA
SON

Infalibles para la destrucción de
toda clase de insectos.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDRO-LINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41. ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

— MADRID —

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



Dib. ASTANY

—¿Y cómo va este negocio, señá Ulogia?

—Mal, hijo, mal. Hasta aquí se conoce la crisis.

Ayuntamiento de Madrid